CARTA PARA ***UN AMIGO***

Por Carlos Aurelio Collado

Todavía recuerdo aquel primer encuentro, en donde yo me encontraba sentado al pie de la escalinata del Teatro Espacio, que lleva tu nombre, de la Facultad de Artes Escénicas. Tú saliste por la puerta principal a tomar un poco de aire y, de paso, dejar volar un poco de humo. Volteaste a verme por unos segundos y deduciendo rápidamente, con aquella aguda inteligencia que te caracteriza, me preguntaste, sólo para confirmar tus sospechas: "¿Tú eres el novio de Monse, verdad?" Y con orgullo de pareja, te dije: "Así es, Carlos Aurelio Collado, mucho gusto, maestro."

Al buscar en mi memoria y encontrar ese preciso momento, me parece increíble cómo unos meses después, me presentarías con colegas y viejos camaradas tuyos como tu amigo. Porque de todas las cosas que en escasos tres años de conocernos me dejaste, la más especial de todas, la que siempre atesoraré en mi ser, y que seguramente le presumiré a mis hijos algún día, es tu amistad. Jamás me imaginé tener un amigo de la misma edad de mi padre, y que a pesar de la diferencia de edades fuera tan sincero, tan incondicional, tan noble, tan divertido, tan interesante, y tan pero tan AMIGO.

Recuerdo que, con la sencillez de un gran hombre, me invitaste a pasar al camerino donde se encontraban los actores, muchos de ellos maestros míos, y mi novia, Monserrat, quien ayudaba en la puesta con los peinados, que tenían una complejidad muy particular. Nunca olvidaré que nos conocimos durante el montaje de La Noche que Conocí a Miguel Torruco. Y le doy gracias a la vida por aquella noche en que conocí a Rogelio Villarreal.

Me impresionó rápidamente la facilidad con la que entrabas al camerino 30 minutos antes de función, contabas dos o tres chistes, hacías bromas, provocabas risas a diestra y siniestra, y después te alejabas para dejar a los actores hacer su trabajo. Y ninguno de ellos, y esta es la parte que me impresionó, ninguno de ellos se daba cuenta que los dejabas con una sensación de tranquilidad y relajación, como si hubieran hecho media hora de meditación profunda.

También, conservo en mi memoria el haber abusado un poco de la confianza que me otorgaste al dejarme pasar todos los fines de semana a camerinos, pero déjame decirte que no me arrepiento de haberlo hecho, porque ahí comenzó nuestra amistad. Te pedí ayuda con un par de escenas que tenía para mi materia de Realismo Psicológico, clase que me daba tu hija, mi maestra querida, mi admirable y talentosa directora, Janneth Villarreal.

Recuerdo haberle preguntado a ella si no le molestaba que te pidiera asesoría a ti, y con gran alegría me contestó que al contrario, le encantaba la idea de que me acercara a su padre para tener revisiones, porque no había nadie más apto que él para hacerlo. Me encaminaste en dos escenas de El Jardín de las Delicias de Jesús González Dávila, obra que tú dirigiste hace algún tiempo y que me hubiera gustado ver.

Tuve la dicha de ser dirigido por ti, una escena pequeña de escasos segundos, en uno de tus últimos trabajos como director. Pero fueron segundos de aprendizaje profundo, aunque la mayor dicha fue haber visto de cerca tu proceso con los actores, cómo nos encaminabas y nos llevabas poco

a poco a lugares que ninguno de nosotros nos imaginábamos. Cómo convertías el lugar de trabajo en un lugar de camaradería, diversión, pero también de esfuerzo duro y constante aprendizaje.

Te debo tanto en tan poco tiempo. De nuestras pláticas saqué un sin fin de anécdotas para toda la vida, títulos de libros que me han abierto los ojos, enseñanzas de vida y de trabajo para la carrera profesional que estoy a punto de emprender. Fue un placer coincidir a pesar de haber sido, insisto, tan poco tiempo.

Gracias por haber sido maestro mío aún sin haberte tenido enfrente en un salón de clases; gracias por las risas, los buenos momentos, por aquella velada de cervezas y de trova en que entonábamos letras de Silvio Rodríguez; gracias por aquellas pláticas, sumamente ilustrativas, sobre temas y cosas que descubrí nos apasionaban a los dos: de realismo norteamericano, del sistema Stanislavsky y el método, de cine, de Shakespeare y nuestra obsesión con su magnífico Macbeth, de música, de dirección y una que otra cosa más.

Hoy, a un mes de tu partida, todavía siento que podría encontrarte por la calle algún día, que si te mando un mensaje aún me lo contestarías; ante esta sensación, me doy cuenta de que tu imagen sigue viva en mi ser, que tu esencia, y el ofrecimiento de tu noble y sincera amistad han marcado a este simple hombre para toda la vida.

Hoy, entiendo que, en efecto, algún día te volveré a encontrar, y te seguiré encontrando a lo largo de mi vida: en algún libro que lea, en algún momento en el que actúe o dirija, en algo que escriba, en alguna película que vea, en alguna música que escuche, o en algún Macbeth que, con mucha suerte y sin duda esfuerzo, logre hacer en mi vida.

Gracias, solo por el simple hecho de haberte conocido.

Eternamente _agradecido_ contigo, el más pequeño de tus amigos.